Postales
o
El miedo es hueco por dentro y vacío por fuera

de

SIMONA HAMER

Edición y traducción de
Santiago Martín

PUBLICACIONES DE LA ASOCIACIÓN DE
DIRECTORAS Y DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

PUBLICACIONES DE LA ASOCIACIÓN DE
DIRECTORAS Y DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

Dirección editorial: Carlos Rodríguez Alonso y Manuel F. Vieites

Título original:
Razglednice ali strah je od znotraj votel, od zunaj pa ga nič ni
© Simona Hamer
© De la introducción y la traducción: Santiago Martín
© de la presente edición:
ASOCIACIÓN DE DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

Primera edición: Octubre, 2026

La traducción de esta obra ha contado con el apoyo de la Agencia Eslovena del Libro.
La publicación de este libro ha contado con el apoyo de la Agencia Eslovena del Libro.

JAK JAVNA AGENCIJA ZA KNJIGO RS

Reservados todos los derechos.
Cualquier forma de reproducción, distribución, cesión a terceros, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Publicaciones de la ADE
Serie: Literatura Dramática, nº 130

Paseo del Rey, 10, bajo A. 28008 Madrid (España)
http:// www.adeteatro.com
correo electrónico: redaccion@adeteatro.com

Diseño de la colección: Tomás Adrián
ISBN: 978-84-17189-72-3
Depósito legal: M-25994-2026
Imprime: Safekat S.L.
Impreso en España

Postales
o
El miedo es hueco por dentro y vacío por fuera

de

SIMONA HAMER

Traducción y notas de
Santiago Martín

Nada en la vida es para ser temido,
solo para ser comprendido.
Marie Curie

Ahora puedo morir.
Pienso.
Inspiro.
El corazón late como si estuviera en un taller de percusión de Macedonia:
Jožica Tanja Tanja, Jožica Tanja Tanja.[1]
Síncope.
Expiro.
Oscuridad en la cabeza
...
..... y F L A S H

– Ahora puedo morir.
– ¿Ah sí?
– Sí, es tan bonito aquí que puedo morirme.
– ¿Y si esperas a que bajemos todos? Tu cadáver lo abandonaría aquí sin duda alguna, pero la mochila... Bueno, ¡sería una pena dejarla aquí! Aunque, bien, ¿quién podría cargar por el valle con esas cinco toneladas?

[1] Son nombres (eslovenos) de mujer que se utilizan para enseñar a los percusionistas el ritmo irregular 7/8, el cual es muy utilizado en la música folclórica balcánica, entre otros géneros de música (N.d.T.).

Tinka, de algo más de veinte,
le da un empujoncito en broma a un
Señor de algo más de cincuenta.

– Aparte de mí, no hay ningún héroe. Quizás tú, pero hace veinte años.

– Eso de la barrita energética de chocolate lo entiendo; el té con mantequilla y *dumplings* son el colmo de la gastronomía para algunos, pero todo lo demás bártulos..., ¡uf! Tienes más pares de calcetines térmicos extra, extra, extra que piernas tenemos entre todos los de la expedición. ¡Y contando a todos en el Himalaya!

– Bueno, ¡y qué! Solo es porque me he preparado extra, extra, extra bien.

– Como si llevaras piedras. Te lo he dicho con amabilidad, esos dos kilos de más se van a multiplicar con cada metro de altitud y...

– Aumentarán hasta alcanzar el peso de una ballena que se ha tragado un elefante.

Risas
y silencio.

– Sabes, había un tiempo en el que subíamos descalzos. Una vez me puse las sandalias de mi padre –tendría unos ocho o nueve

años– y casi me mato. Resbalé, pero conseguí salvar el pellejo, la carga y la sandalia del pie izquierdo, la del derecho cayó unos treinta metros por un precipicio. Mi padre me dio tal paliza que no pude ni moverme durante todo un mes... Verás, estas botas de montaña me las dejó un alemán hará unos años. Él también solía hablar mucho de la muerte: «¡Voy a morir, voy a morir!». Así, todo el camino. «¡Voy a morir!». Una vez en el valle, chilló que nunca volvería a subir a más de un quinto piso, a continuación tiró las botas a la basura y siguió a voz en grito que quería cerveza. Luego añadió también gritando que quería volver a casa ya, porque en ese lugar de mierda la cerveza era horrible.

– Eso es verdad, hablando de cerveza, los alemanes no toleran bromas.

Risas.

– Pues mira, ya puedes tener el mejor equipo y las piernas más entrenadas, pero si te empieza a doler la cabeza, entonces... Entonces ni siquiera serviría un calzado que anduviera por sí solo... Bueno, me voy con los demás.

– Y yo me quedaré aquí un rato más. Muriéndome.

Risas.

– Nos pondremos en marcha en quince minutos.

Conviertes tus ojos en una esponja. La más absorbente. Con un efecto mil veces potenciado, capaz incluso de succionar el agua de los riñones. Y absorbes.

¡Sljuuuuuurp!

Estás a 5.360 metros sobre el nivel del mar.

¡Sljuuuuuurp!

Sol. Nieve. El resplandor de las agujas de acupuntura te pincha en los ojos.

Parpadeas. Eres un microscopio y bajo tus párpados hay una fiesta de todos los seres con los nombres graciosos que recuerdas de la clase de biología de la escuela primaria: paramecio, ameba, flagelado...

Abres los ojos:

El lago. Como una pequeña saliva en algún lugar muy abajo.

Levantas la mirada.

Rocas, montañas; surcos y pliegues marrón grisáceos.

Manchas de nieve, como si alguien hubiera vertido masa para crepes en diversas sartenes esparcidas por las empinadas laderas.

Levantas la vista. Arriba, arriba, más allá de la niebla, arriba. Más allá de las nubes. Aún más alto. Más. El cuello se resiste; no está acostumbrado a la posición de un enano. Más alto. Está acostumbrado a sus 295 metros sobre el nivel del mar. Más, más. ¡Ahí está! La montaña entre todas las montañas. Sagarmāthā. 8.848 metros. Qomolangma. Sosteniendo el cielo. El Everest.

Es tan hermoso que tranquilamente podrías morirte.

F L A S H

¡Un saludo desde Nepal!

Desde que tengo memoria, colecciono momentos.
Los capturo y los guardo.
Para mí.
Para ustedes.
Para aquellos que vendrán después de nosotros.
Con la cámara traspaso los límites de mi pequeñez;
atenúo los miedos,
agudizo la imaginación,

ilumino la fugacidad
y busco el sentido.
Materializo el tiempo en el que vivo.
El amor.
El odio.
Y todo lo que hay entre medias.

– Mamá, ¿tenemos todos el mismo color de sangre?
– Por supuesto.

dice Tinka, de poco más de treinta años, mientras los ojos de su hija con dientes de leche van saltando del conductor del jeep al paisaje detrás del parabrisas, y luego van y vuelven una y otra vez...

– ¿Roja?
– Sí. Roja.
– ¿Y por qué ellos no la tienen de color negro?
– Porque la tuya tampoco es blanca.
– ¿Por qué no?
– Porque somos de la misma especie. Todos somos humanos, ¿no? *Homo sapiens sapiens*. Al igual que todos los leones son leones. Y las jirafas. Y las cebras. O los perros: Patita de la abuela es muy diferente al bichón maltés de la tía Urša, pero ambos son perros.

– ¿Patita también tiene la sangre roja?
– Sí.
– ¿Y la jirafa?
– También.
– Y el león, y el antílope, y los elefantes, y, y, y, y el ñu, y el rinoceronte, y la mariposa, y las libélulas, y las hadas, y Rayo McQueen, y...
– Bueno, Rayo McQueen es un coche.
– De color rojo.
– Es cierto, pero los coches no tienen sangre, ¿no? ¿Qué beben los coches?
– Gasolina. Y..., ¡cerveza!
– ¡Tú sí que eres una cerveza! Anda, mira esos antílopes de allí. ¿Ves lo rápido que corren?
– Mamá, ¿qué tipo de sangre tienen los croatas?

F L A S H

¡Un saludo desde Namibia!

CONQUISTADOR.– ¿Oye?
ESCUDERO.– ¿Sí?
CONQUISTADOR.– ¿Te apetecería...?
ESCUDERO.– No.

CONQUISTADOR.– Ni siquiera me has escuchado hasta el final.

ESCUDERO.– He oído suficiente; si me apetecería, pero no. No me apetece.

CONQUISTADOR.– No sabes lo que quería preguntarte.

ESCUDERO.– Da igual.

CONQUISTADOR.– Claro que da igual.

ESCUDERO.– A mí no.

CONQUISTADOR.– Quería preguntarte...

ESCUDERO.– No me interesa.

CONQUISTADOR.– Si pudieras...

ESCUDERO.– ¡Ah!

CONQUISTADOR.– Si pudieras...

ESCUDERO.– ¡No oigo nada! ¡No oigo nada! ¡Lalalalala!

CONQUISTADOR.– *(susurrando)* Y cuando no haya nadie por ningún lado, te tiraré por la borda...

ESCUDERO.– ¿Qué dices?

CONQUISTADOR.– ¿Ahora de repente te interesa?

ESCUDERO.– Sí...
Es Cristóbal Colón.
El gran conquistador del mundo...

CONQUISTADOR.– Y de mujeres.

ESCUDERO.– El gran conquistador del mundo y de las mujeres.

CONQUISTADOR.– Y de sus corazones.

ESCUDERO.– ¿Qué?

CONQUISTADOR.– ¡No tienes ni idea de cómo hay que ligar a las tías! Tienes que ser romántico. Un poco poético: Y sus corazones.

ESCUDERO.– Pero eso no significa nada. El gran conquistador del mundo y de sus corazones.

CONQUISTADOR.– No importa. Lo importante es que funcione.

ESCUDERO.– Estás loco de remate.

CONQUISTADOR.– ¡Claro! ¿Tú qué crees? ¿Que alguien en su sano juicio navega en una dirección completamente equivocada, arriba a un continente equivocado, donde todos son de un color equivocado, y proclama que ha llegado a su destino?

ESCUDERO.– Uuuuuyyyyy...
Es Cristóbal Colón. El gran conquistador del mundo y de sus corazones.

CONQUISTADOR.– Gracias. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

ESCUDERO.– Estamos en el barco de Cristóbal Colón y hace un momento su primer ayudante, su mano derecha, su...

CONQUISTADOR.– Tú..., oye, que ya lo pillamos.

ESCUDERO.– Yo. Hace un momento grité: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

CONQUISTADOR.– Yo fui el primero en avistar tierra.

ESCUDERO.– No es verdad.

CONQUISTADOR.– Sí, fui.

ESCUDERO.– No lo fuiste.

CONQUISTADOR.– Vale, no lo fui, pero es como si lo hubiera sido. Yo soy el jefe y yo decido todo. También decido quién ve primero tierra. Y punto final. No punto final, exclamación. Hasta tres exclamaciones. Cristóbal Colón tiene los nervios bastante sensibles.

ESCUDERO.– Cristóbal Colón no para de gritar.

CONQUISTADOR.– Bueno, cuando hay que hacerlo, alzo la voz.

ESCUDERO.– Además del látigo.

CONQUISTADOR.– ¿Y de qué otra forma se puede gobernar? En aquella época se hacía así. Era lo habitual. Y tres exclamaciones.

ESCUDERO.– Sí. Y tres exclamaciones. Hay que saber que Cristóbal Colón, el gran conquistador del mundo y de los corazones, ferviente usuario de tres exclamaciones y del látigo, tenía otra gran pasión.